

11(635a-23)

SAMUEL A. LILLO

El Río del Tiempo

—————
—————
—————

SANTIAGO DE CHILE

— 1942 —

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

OBRAS DEL AUTOR

Poesías.—1900.

Antes y Hoy.—Poema, 1905.

Canciones de Arauco.—1908. 5.a ed., 1940.

Chile Heroico.—1911, 2.a ed. 1917.—Poesías premiadas en los certámenes del Centenario. (Santiago y Valparaíso).

La Concepción.—Poema, 1911. 2.a ed. 1911.—Premiado en el certamen del Centenario. (Consejo de Letras).

La Escolta de la Bandera.—Poema, 1912.

Canto a la América.—1913.—Primer premio en los Juegos Florales de Tucumán. (Rep. Argentina).

Canto a Vasco Núñez de Balboa.—Primer premio en el Concurso del Consejo de Instrucción Pública.

Canto Lírico a la Lengua Castellana.—1916.—Primer premio en los Juegos Florales Cervantinos de Valparaíso.

A Isabel la Católica.—Canto heroico premiado con la Flor de Oro en los Juegos Florales de la Raza. (Concepción, 1916).

Bajo la Cruz del Sur.—Poemas.—1926.

Cantos Filiales.—1926.—Premio de la Poesía Hispano—Americana otorgado por la Real Academia Española el 12 de Octubre de 1927.

Literatura Chilena.—1918, 5.a ed., 1930 con una Antología Contemporánea.—6.a ed. 1941.

Ercilla y la Araucana.—1928.—Anales de la Universidad de Chile.

Fuente Secreta.—Poesías Líricas.—1933.

Campanario de Humanidad.—Romances y Poemas.—1938.

El Río del Tiempo.—Poesías Líricas.—1942.

PROXIMAS A PUBLICARSE

Los que el Poeta olvidara.—Romances y Poemas.

De la Patria y de la Raza.—Poesías Líricas.

Espejo del Pasado.—(Páginas de mis Recuerdos).

Antología de la Literatura Chilena Contemporánea.—2.a edición.

Tomo I. La Poesía.

Tomo II. Novela, cuento y Teatro.

Tomo III. Historia, Oratoria, Periodismo, Ensayo, Crítica, Filología y Gramática.

SAMUEL A. LILLO

El Río del Tiempo

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

— 1942 —

SAMUEL A. LILLO

El Rio del Tiempo

INSCRIPCION

— N.o 9223 —

REPUBLICA DE CHILE

MOICATISIV
MAYO DE 1918
DEPOSITO LEGAL

EL RIO DEL TIEMPO

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
DIC 18 1942
DEPOSITO LEGAL

Con la espalda inclinada por el fardo
de odios, vanidades y ambiciones,
vestido de prejuicios y deseos,
llegué un día, con paso vacilante,
junto al río del tiempo.

Con rumbo hacia las playas misteriosas
que bordean el mar del infinito,
inexorable y mudo,
se deslizaba el río.

Ví que, en ambas orillas, se agrupaban
los hombres que venían,
de todos los contornos de la tierra,
para el último viaje de la vida.

Unos atados a la vil materia
y sin soltar su carga,
cual los avaros junto a su tesoro,
se hundían en las aguas;
otros desesperados,
tendidos en la orilla sollozaban,
mas el río implacable,
invadiendo la arena,
con él se los llevaba.

Yo, sacudiendo el fardo de mis hombros,
me sentí libre y levanté la frente;
desgarré los harapos de mi traje
y me arrojé desnudo en la corriente.

Y aunque no sepa a dónde soy llevado,
sé que una fuerza espiritual me arrastra;
nuevo vigor mi corazón alienta
y hay un lucero de esperanza en mi alma.

MI CORAZON

Invariable y fiel,
yo tengo un amigo
que me ha acompañado
desde que era niño:
de noche y de día,
siempre está conmigo
y, con su tic-tac, se me hace presente
cuando yo lo olvido.

Con su ritmo, él ha escrito
toda la historia mía,
todos mis desengaños,
todas mis alegrías.

Aun más que mi amigo
ha sido mi hermano,
mi único guía sentimental,
dulce refugio de mis ensueños,
mi confidente,
mi tribunal.

Aunque hoy somos los mismos
y siempre nos queremos,
adentro de nosotros
algo se ha deshecho.
En las crisis íntimas, él ya no me envía
los golpes de savia que henchían mi pecho,
coloreaban mi pálido rostro
o llenaban mis ojos de ensueños.

Así como mis pasos
resuenan ahora más graves y lentos,
se ha hecho el ritmo suyo
más dulce y sereno.
Cruzando los años, nos hemos cansado
al peso del tiempo,
y ahora somos sólo
dos amigos viejos,
que de sus dolores y goces pasados
hablan en secreto.

INSOMNIO

En la quietud solemne de la noche
me despierta el silencio
y al morir de los ruidos de la calle
el vivir de mi espíritu comienzo.

En la vaga penumbra de mi cuarto,
tendido sobre el lecho,
contemplando al través de la ventana
el dulce resplandor de los luceros,
con los gastados nervios en reposo,
solo conmigo, me recojo y pienso.

Yo no temo las horas del insomnio
porque en ellas releo,
sin testigos ingratos,
el poema de amor de mis recuerdos.

Bien venidas seais,
benditas horas de balance interno,
que os teman sólo aquéllos
que el debe y el haber de su conciencia
nunca a solas hicieron,

o aquellos desgraciados
que no han llevado, dentro de su pecho,
la bella imagen de una sombra amada
o la estrella fugaz de algún ensueño.

Ya sube de los montes a los cielos
un sutil resplandor;
titilan débilmente los luceros
en un gesto de adiós;
luego con trepidante traqueteo
pasa el primer tranvía,
empieza en la ciudad el movimiento,
se reanuda la vida
y yo me duermo.

GRACIAS, SEÑOR

Gracias, señor, por la neblina incierta
en que vas envolviendo mis miradas:
así no extrañaré los bellos campos,
el río y la montaña
cuando hundido en las sombras, solitario,
por los caminos del misterio vaya.

Gracias, Señor, por el silencio grato
con que vas aliviando mis oídos
de tantas estridencias materiales,
de voces y de ruidos:
así tal vez, en la quietud celeste,
podré escuchar y comprender el ritmo
de divina dulzura
con que mueve los mundos y las almas
tu mano omnipotente en las alturas.

Gracias por la creciente indiferencia
en que vas sumergiendo mi existencia,
por la serenidad consoladora
con que mueves mi sangre en las arterias.
Así no sentiré el desgarramiento
de la carne en la angustia postrimera
y mi cansado corazón ya exangüe,
después de dar el último latido,
como una alondra helada, dulcemente
se quedará dormido.

Gracias, por fin, te doy porque, con mano
piadosa, has construido,
con las losas del tiempo, el alto muro
de mi último retiro,
en el cual ahora
mi espíritu cansado,
como una flor nocturna,
libre del rayo cegador del sol,
entreabre la corola de sus pétalos
en la suave penumbra
de mi vida interior.

SOLEDAD

Me voy quedando solo:
unos tras otros, todos los que amaba
van desapareciendo fatalmente
en las sombras calladas.

Cuando abro tembloroso
los diarios a la luz de la mañana
y veo, de repente,
en una de las páginas,
la vaga imagen de algún viejo amigo
que se ha marchado a la región lejana
a donde yo también iré muy luego,
doblo el diario y me quedo
sumergido en la pena que me asalta.

Pero mi nieto, que a besarme viene
en cuanto se levanta,
me mira inquieto, se impacienta y dice:
“Veamos a Tarzán que está en la jaula
del león y a Quintín y a los tres magos”.
Y yo entonces aparto la mirada
del retrato que evoca
todo un poema de mi edad pasada,
y con la voz opaca por la angustia,
le leo las historias encantadas;
y mientras boga el niño
sobre la frágil barca
que conduce su alegre fantasía,
yo con los ojos húmedos de lágrimas,
y el corazón henchido de amargura,
me quedo solo en la desierta playa.

MI CASA

Y me dijo el Señor:
casa te doy para que en ella vivas;
cuidala y no la dejes,
que yo te llamaré cuando ya tenga
tu nueva casa lista,
formada con los mismos materiales
que tú me hayas mandado de la vida.

Dulce y acogedora
fué mi morada en los primeros días;
brisas de juventud la embellecieron,
luego vino el amor con su cortejo
de penas y alegrías.
Breve fué la estación de primavera:
cayeron las plumillas
de las primeras nieves en su techo,
las húmedas neblinas
y la lluvia empañaron los cristales
por donde entraba el resplandor del día.

Al empuje del tiempo incontenible,
mi casa hoy está en ruinas:
soplan sobre ella permanentemente
los vientos invernales, y se inclinan
sus espaldas cansadas con el fardo
creciente de las nieves
que caen implacables de lo alto,
mientras que sus murallas carcomidas
crujen y se estremecen a mis pasos.

Lámame, pues, Señor,
aún cuando no esté lista
la morada que, desde tantos años,
me tienes prometida.
Yo he cumplido también mi compromiso
enviando para tu obra, día a día,
mis pensamientos, actos y deseos,
ensueños, goces y melancolías.
Ya no tengo, señor, ni qué mandarte
y mi alma fatigada de esta vida
ya no lucha ni sueña,
ni a nada terrenal tampoco aspira,
sólo espera la voz de tu llamado
en el umbral de su morada en ruinas.

LA LEY DEL TALION

“Cuando te hieran o te injurien,
pon sobre tu pecho un broquel
de indiferencia y de perdón,
de dignidad y de altivez.
Y el dardo entonces con que quiera
herirte el odio o la maldad,
sobre su lámina fulgente,
no tan sólo rebotará,
sino que ha de volver silbando
para golpear al agresor
sobre el mismo pecho cobarde
de donde la flecha partió”.

Por eso, voy serenamente
sin desafiar y sin temer,
por los caminos de la vida
llevando al brazo mi broquel
de dignidad y de altivez,
de indiferencia y de perdón,
confiado en la justiciera
y divina ley del Talión.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

MI HUERTO

Llevado por la mano
piadosa del dolor,
después de tantos días pasados en la inercia,
he penetrado ahora
en mi huerto interior.

Qué tristeza al entrar:
no hay flores ni verdura,
sino sobre la tierra requiebrajada y dura
manchones invasores de cardo y de zarzal!
He descuidado el predio
que me diste, señor,
mas, de hoy en adelante,
desdeñando el amor
de las cosas terrenas,
con creciente fervor,

iré a labrar mi huerto,
a sembrarlo de nuevo
y a cuidarlo mejor.
He de cambiar los cardos
del odio y del rencor
en olorosos nardos
y en rosales en flor;
y en la tierra, ya fértil
por el riego y el sol,
yo abriré un nuevo surco
blando y acogedor,
de cuyo seno tierno
permitirá el señor
que surjan nuevos brotes
de esperanza y de amor.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

MONOTONIA

Hay días en que siento
la lentitud desesperante
del vivir,
como si aguardara algo
que no sé definir,
algo que me hace inquieto
el corazón latir.

En mi vida angustiada,
van pasando las horas
lentas y abrumadoras,
y no sucede nada, nada. . . .!

Dónde estás, ¡oh!, muerte deseada
que, con tu hacha levantada,
venías hacia mí,
en aquellos turbios días,
cuando en mis melancolías
yo me sentí morir?

En su máquina rodante,
monótona y cruel,
como un átomo insignificante,
me ha cogido la vida otra vez;
y en su prosa material,
espero, en vano ahora,
la idea salvadora,
la esperanza risueña
o la catástrofe final.
Pero transcurre el día
en la monotonía
más lenta y desolada,
y en la pequeñez
de mi vida sombría,
ya no sucede nada, nada....!

VALOR ¡OH! POETA

Como el ave que un día de sorpresa
al mismo pié de su nidal cayó
aleteando en la lóbrega maleza,
te ha dejado, ¡oh! poeta tu dolor.
Con el pecho sangrante
ya no podrás lanzar tu libre vuelo
bajo el beso del sol,
ni en las tibias mañanas del estío
entonar, como antaño, tu canción.

Deja que el tiempo cierre tus heridas
¡Oh! inválido cantor,
y no tengas la voluptuosidad
de tu propio dolor.
Desenreda los pies de la maraña
y busca un claro de luz en la montaña
para mirar el sol;
piensa que el ave que siguió escondida
después de haber sanado de su herida
sin atreverse a renovar la hazaña
de sus vuelos por miedo al cazador,
es tan sólo una mísera alimaña,
indigna de la vida y del amor.

MI LAZARILLO

Las cosas materiales de mi vida
han perdido ya todo su valor:
libre por fin del barro de la tierra,
mi dolorido corazón
se ha ido convirtiendo lentamente
en una dulce lámpara interior,
que, al través de mi carne
exangüe y transparente como un vidrio
que limpiaron las aguas del dolor,
empieza a iluminar mis torvas sombras
con sutil y divino resplandor.

Y aunque el mundo se apiade
de mi andar vacilante,
un ciego extraño soy,
que no puede perderse en el camino
porque lleva su propio lazarillo
dentro del corazón.

Las cosas materiales de la vida
han perdido ya todo su valor;
libra por la balanza de la tierra,
mi dolor es el dolor de la tierra,
se ha ido el alma de la tierra,
en una dulce tierra,
que al través de mi carne
escribo y transpiro como un viento
que limpia las aguas del dolor,
empuja a flumar mis torvas sonajas
con tufl y divino respirador.

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**

Y cuando el mundo se agita
de mi andar vacilante,
un cielo extraño soy,
que no puede perderse en el cambio
porque lleva su propio destino
dentro del corazón.

¿ QUIEN ?

Si yo soy hecho de materia inerte,
sólo de polvo y cieno,
¿quién me puso estas alas invisibles
de ilusiones y ensueños?,
esta intuición divina
de lo bello y lo bueno
y esta inquietud interna
que vivir me hace en un eterno anhelo,
en un ansia creciente
de espiritual mejoramiento?

Si sólo estoy aquí para cumplir
la función animal
de una vida inferior,
¿quién me dió este odio al mal,
este divino amor,
y este supremo tribunal
que llevo en mi interior?

Y acallando el torrente de protesta,
sube del fondo de mi pecho inquieto
una voz sin palabras que contesta:
¿Quién ha de ser, sino la misma mano
que regaló a los hombres
el oro del trigal,
la luz a las estrellas
y el aroma al rosal;
la que le dió la nieve a la montaña
y a la abeja el panal,
su fuerza al viento
y su canción al mar. ?... .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

YO TAMBIEN FUI COMO VOSOTROS

¡Oh!, jóvenes viajeros,
que llenos de ilusiones y de bríos,
marchais en bulliciosa caravana
tras de la gloria y de su falso brillo,
sin sentir todavía las espinas
en vuestros pies de niños,
no me miréis con aire compasivo
al verme descansando
sobre la verde orilla del camino.

Yo también fui como vosotros
en busca del renombre:
ancha era la senda en el comienzo,
jugaba el sol en nuestras frentes jóvenes,
batía la esperanza
sus alas de oro en nuestros corazones
y a cada paso nuestro
como una flor enorme,
se abría el horizonte.

Pero fueron surgiendo,
de entre los malezales,
de los bosques vecinos,
traicioneros chacales
y rabiosos felinos,
mientras que las serpientes silbadoras
cruzaban los senderos
y en sus anillos crueles enredaban
los pies de los viajeros.

Unos cayeron sorprendidos
por los fieros zarpazos
y quedaron tendidos
a merced de las bestias
y otros, por escapar, se despeñaron
por ásperos ribazos.
Y en una noche torva,
en medio de las sombras extraviados
perdimos el sendero
y frente a la lejana
luz de la gloria que brillaba
como un pálido lucero,
se deshizo la alegre caravana.

Fuí uno de los pocos que lograron
escapar del acecho
de fieras y serpientes,
,y cuando con el pecho
agitado por dulces emociones,
ascendimos las últimas pendientes,
la estrella fulgurante
se alzaba inaccesible
detrás de otra montaña más distante.

Por eso, cuando ahora
sentado sobre el borde del camino
escucho la algarada bullidora
de alguna nueva joven caravana
que con los corazones
hinchidos de esperanza y de alegría,
sube en busca del fúlgido lucero
que brilla, como antes, todavía
sobre la cumbre oscura,
no hay envidia en mis ojos
ni en mi pecho una gota de amargura,
sino el ferviente anhelo
de que alguno siquiera
llegue a la cima y una vez en ella,
alcance, con su mano
ungida por el genio,
la inaccesible y misteriosa estrella.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

OPTIMISMO

Un ambiente sereno,
un vetusto sillón acogedor,
en mis manos, un libro
y en la ventana, el sol.

Una banda de niños
irrumpe de sorpresa
en bullidor tropel,
y por la puerta que abren
sube de mi vergel
florido un dulce aroma
de jazmín y clavel.
Me cercan alegres
en ronda gentil:
unos ríen y cantan y otros,
con sus manitas blancas

inquietas como alas me envían
besos volanderos que me hacen reír.
Y cuando se marchan,
sus cantos y besos
me dejan en el pecho
una dulce embriaguez,
cual si hubiera bebido
un sorbo divino de rubio jerez.

La paz del silencio
me envuelve de nuevo,
y entonces yo alzo
mis ojos al Dios
que cuida a los niños
las flores y el sol;
y le digo: "A pesar de todo,
engaños y olvido,
vejez y dolor,
esta vida que aún has querido dejarme
no es tan mala, señor!"

Mientras haya niños
que alegren las penas de mi corazón,
flores en mi huerto
de poesía y de ilusión,
y un libro que pueda
leer en mi viejo y querido sillón,
junto a mi ventana,
bajo la mirada reconfortadora
de mi amigo, el sol,
esta vida larga
no será una carga
sino un galardón.

EL POEMA DEL ODIO

EL POEMA DEL ODIO
MADRID, 1934

Silencioso y sutil,
se deslizó como un reptil
adentro de mi corazón.
Lo criaron mis pensamientos
con la carne de mi rencor
y, en breve tiempo,
fué de mi espíritu
dueño y señor.

Huyeron las alondras de mis ensueños
y se apagó la lámpara
de mi serenidad.
Mi voz se hizo áspera
como el ronquido de una bestia en celo
y mis ojos perdieron la dulzura
del mirar
y había en mis manos,

al andar,
el mismo temblor
que, antes del asalto,
agita las garras
del tigre y león.

Al contemplar mi cara
tan huraña y sombría,
temerosa la gente me esquivaba
y los niños huían
como si me rodeara
un halo de maldad y antipatía.

Pero un día los ímpetus del huésped
invisible se materializaron
y sentí un hálito de fiera
que entibiaba mis manos,
y miré con sorpresa
que mis pasos seguía,
encogido y feroz,
el siniestro perfil de una bestia,
mezcla de lobo y de león.

Desde entonces, no tuve
ya ni paz ni descanso:
como un guardián hostil y vigilante
iba el monstruo a mi lado caminando.

Una vez que salí desesperado
para vagar por los caminos solo,
divisé a la distancia
un hombre, a cuya vera

iba también agazapada
como una sombra, otra silente fiera.
Conocí con asombro a mi enemigo;
al verme se detuvo, en tanto,
vacilante y lleno de recelo,
yo me fui aproximando.

Y cuando nos juntamos,
las dos bestias también se deuvieron
y airadas se miraron
con los hirsutos lomos erizados;
y luego, en un arranque sorpresivo,
furiosas se atacaron,
y luchando y corriendo se perdieron
en el revuelto malezal del campo.

Entonces comprendimos
que no éramos nosotros
los que nos odiábamos,
sino que eran los monstruos
que nuestros pensamientos
habían engendrado.

Con los ojos brillantes
de nuestra vieja y rota simpatía,
nos miramos como antes,
y juntos, como hermanos,
nos fuimos por la senda de la vida.
Volaban las alondras entonando
sus cánticos al día,
brisas de paz movían los boscajes
y a nuestros pies la senda florecía.

LA FONTANA PERDIDA

Con las alas extenuadas
por la lucha en que venciera
con su empuje y con su saña,
tinto en sangre su collar de emperador
de la montaña,
cayó un cóndor
desde lo alto de un peñón.

Dando tumbos y aleteos
por los sueltos pedregales
de los ásperos faldeos,
fué rodando como el gajo
de un ramaje que empujaran
cuesta abajo
las oleadas de un turbión.

Mas de súbito, en el fondo
de ignorado precipicio,

con el ánfora bulliente
de una fuente
cristalina se encontró.
Bañó en ella su cabeza ensangrentada
y sus linfas le volvieron
los elásticos impulsos de sus remos
y lo blanco del collar.
Y de nuevo, desafiante,
dando al viento el abanico restallante
de sus alas, tornó el ave
a la cumbre de su enhiesto peñascal.

Voivió a ser de la montaña
el indómito señor.
Cuando al fin de las peleas
por las presas disputadas
de las ávidas bandadas
se apartaba vencedor,
descendía hacia la hondura
y en el agua fresca y pura
de su amiga la fontana, recobraba
su alegría y su vigor.

Por su fuerza renovada
sin cesar,
sus rivales le temieron
y las viles alimañas
en las rústicas marañas
de los llanos, se encogían temblorosas
al mirar
el velamen majestuoso de aquel barco
que bajaba de la azul inmensidad.

Pero el genio misterioso del abismo
una noche las entrañas de los montes
remeció,
partió el flanco de la sierra
y en el fondo de una grieta
el espejo de la fuente sumergió,
entre tanto que un peñasco de la cumbre
se inclinaba bamboleante
y caía sobre el muerto manantial
como un párpado de piedra
sobre un ojo de cristal.

Desde entonces, solo y triste
el señor de la montaña
se destaca como un bloque pensativo
en la punta de su recio peñascal.
Con las alas voladoras
por los vientos desflocadas
y apagadas
las pupilas avizoras,
ya no lucha,
sólo mira indiferente revolar
las bandadas de famélicos rivales
que, en gigantes espirales,
van su presa, como antaño, a conquistar.

Más de pronto,
sacudiendo su marasmo,
despertado por fantástica esperanza,
tiende el vuelo, y hacia el fondo del riscal,
con las alas extendidas
y los ojos vigilantes,

parte en busca de su amiga la fontana
voltejeando sin parar.
¡Pero en vano él escudriña
las quebradas, las laderas
y las secas torrenteras
del huraño montañal:
nunca más ha conseguido
divisar el sonriente,
limpio espejo de la fuente
del perdido manantial.

**BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA**

ENEMIGO OCULTO

No te conozco ni te he visto nunca;
pero yo sé que existes,
porque he sentido el roce
de tus calladas alas invisibles.

¿Qué te hice yo para que tú amargaras
todas mis alegrías?
¿Cómo supo tu mano
cuál era mi copa preferida
para verter la gota de ponzoña
que luego iría a envenenar mi vida?

No quiero conocerte porque temo
encontrarte escondido
detrás de la silueta engañadora
de algún ingrato amigo,
o en la mirada dulce y enigmática

de algunos falsos ojos femeninos
que, a veces, tienen resplandores
perversos y felinos.

¿Dónde aprendiste
tu labor anónima?
Tal vez fué tu maestro la gélida babosa
que mancha y roe por las noches
las flores y las hojas?
o alguna ríspida lechuza
que, en su antro oscuro, vive agazapada
esperando la hora
de la caza nocturna
para subir al nido de la alondra.

Y babosa o mochuelo,
oculto traidor,
yo te perdono la maldad de tu incógnita labor:
ya para mí no importa
la fama apetecida,
la lisonja sonora
ni el mordisco sangriento de la envidia.
No quiero conocerte:
en medio de las dudas en que vivo
¿qué me importa otra más?
cuando ya tengo frente a mí un problema
pavoroso y fatal,
ante cuyas gigantes proporciones,
nuestro pequeño mundo material
es tan sólo una hormiga abandonada
sobre la inmensa soledad del mar.

EL RINCON DE LOS POETAS

Junto a la jamba de la ventana
 que el sol alegra por la mañana,
 tengo un rincón,
 rincón querido,
 donde he prendido
 las siluetas
 de los poetas
 que han alegrado o entristecido
 mi corazón.

Cuando en los días primaverales
 llegó a mi estancia,
 ya ha penetrado por los cristales
 un rayo alegre, madrugador,
 que, resbalando por las murallas del aposento,
 va a detenerse por un momento
 cual si me diera los buenos días en mi sillón.

Quieto el ambiente que me rodea:
en la repisa de mis estantes
entre otros bustos, está Cervantes
con su gorguera, con su perfil,
es el retrato de mármol blanco
que del glorioso, divino manco
esculpió el arte de Coll y Pi.

Locupletando los anaqueles
y demostrando de sus colores la algarabía,
mis viejos libros juntos están:
son los amigos que siempre fieles
me acompañaron en la alegría
y en el pesar.

Todos los días paso unos ratos
frente a los grupos de los retratos:
son mis hermanos en el ideal;
unos han hecho ya su jornada,
los más, apenas en la alborada,
marchan confiados y llegarán.

Otros valientes, puestas las cotas,
limpia la cifra de su blasón
van recorriendo playas remotas
tras la deseada consagración.

¡Cuántos han muerto
antes que al puerto
la blanca nave pudiera entrar!

Aún suena en mi alma lugubrementemente
el estallido de la rompiente
que echara el casco sobre las rocas del litoral.

Con su combada frente tranquila,
con su radiosa, dulce pupila
que aún acaricia con su mirar,
veo a Isaías, el colombiano,
que me sonríe cual a un hermano
como animándome a trabajar.

Ave viajera,
Gamboa vino buscando dónde por fin pudiera
alzar sus cantos en libertad,
y halló la muerte cuando tornaba,
con ansia viva,
hacia su libre tierra nativa,
que lo llamaba
para premiarle su triste afán.

Pálido y triste, junto a Gamboa,
está Pezoa
que fué el primero que en sus poemas
de Juan Pereza, Pancho y Tomás,
las aventuras y las quimeras
de los de abajo supo cantar.

Como él, tampoco
llegó al ansiado fin de su marcha:
la fría escarcha
lo heló una noche, de sus ensueños en el umbral.

Y allí está erguido sin **pose** ni miedos,
con sus mostachos y sus quevedos,
Bórquez, el recio bardo insular,
el más sincero
de los artistas, buen compañero
y amigo leal.
¡Oh! mi buen Bórquez, aunque quisiste
pasar por bravo con tus bohemias y tu altivez,
tu alma de niño
fué pura y blanca como el armiño
de las gaviotas
que juguetean en tus remotas
y húmedas playas de Chiloé.

Y allá a su vera
juntos están,
cual si la muerte los reuniera
en un solo haz,
El gran González, el de los Ritmos,
con su figura
esquiva y dura
y con su cítara de cristal
de cuyas cuerdas de plata y oro
fluía el verso claro y sonoro
que, ante la América, lo hizo inmortal.
El místico y triste poeta Winter,
que vino un día
a regalarnos la melodía
de su cantar
rítmico y bello
en que pintara
los blancos cisnes de negro cuello
que abandonaron su lago austral.

Y Magallanes que, con su pálido,
rostro sereno,
su negra barba de Nazareno,
tuvo tan sólo por corazón
una vaso frágil y rebosante de dulce amor.
Pero, ¡ay! un día de áciaga suerte,
en plena marcha, dejó la muerte
el vaso roto, muerto el cantor.

Y terminando la galería,
Julio Vicuña con la alegría
dulce y callada del que ha cumplido
ya su misión,
sobre la frente la boina vasca,
lista en la mano la fina huasca
de su ironía, muestra a los jóvenes,
como un ejemplo de arte y amor,
el libro abierto de su **cosecha**
que no es de **otoño**,
como él dijera,
sino una risa de primavera
con eclosiones de flor y luz,
en que la nota de cada verso
es un retoño de juventud.

Y en tanto siento
que raudo o lento,
el implacable
río del tiempo
rodando va,
y suena afuera
otra corriente de turba humana
que, por los vidrios de mi ventana,

señas alegres me hace al pasar,
me quedo solo
en la penumbra de este rincón,
rincón querido,
donde, tal vez
en algún día no muy lejano,
alguna mano
filial, piadosa
la imagen mía venga a prender.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EN EL UMBRAL

Aquí estoy ya de pié
sobre el temido umbral
de la ancha puerta que se abre
frente a la eternidad.

Solo y desamparado
me encuentro entre dos mundos: uno
que se pierde en las sombras del pasado
y el otro todavía oculto
en nieblas de misterio y de dolor,
ante el cual con las manos extendidas
tal como un ciego vacilando estoy.

Y mientras escudriño las tinieblas
de la impasible inmensidad,
grandes aves de plumas luminosas
con sus alas me rozan al pasar,
son mis postreras ilusiones

que unas tras otras a perderse van;
y oigo que sube desde el hondo abismo
mi corazón exánime a golpear
el estallido ronco de las olas
de aquel lejano y tenebroso mar
donde me espera el barco que, sin velas
y sin remos, sobre él me llevará.

¿Alcanzaré tal vez alguna playa
de descanso o respiro
o se hundirá mi barca entre las olas
de aquel mar infinito,
como se hunde el recuerdo de los hombres
en las oscuras sombras del olvido?
Nada sé todavía, en tanto aguardo,
en la cima fatal de mi Tabor,
en medio de temores y esperanzas,
lo que ha dispuesto sobre mí el Señor.

ULTIMO ANHELO

En busca de la gloria, dejé un día
la verde orilla de mi golfo austral.
Por único bagaje, yo traía
mis versos con olor a bosque y mar.

Mis sueños de poeta se cumplieron,
un gajo de laurel mi frente ornó.
los perros de la envidia me mordieron
y una mujer excepcional me amó.

Hoy que serenamente he concluído
este duro trabajo del vivir,
sólo quiero volver a mi querido
suelo del viejo Arauco en que nací.

Y junto al mar que fué mi compañero,
en cuya playa niño retocé,
ir a dormir mi sueño postrimero
bajo la heroica tierra que canté.

SE
ON CONTROL
Y

INDICE

	Pág.
El río del tiempo.....	5
Mi corazón.....	9
Insomnio.....	13
Gracias, Señor.....	17
Soledad.....	21
Mi casa.....	25
La ley del Talión.....	29
Mi huerto.....	33
Monotonía.....	37
Valor, ¡oh! poeta.....	41
Mi lazarillo.....	45
¿Quién?.....	49
Yo también fui como vosotros.....	53
Optimismo.....	59
El poema del odio.....	63
La fontana perdida.....	69
Enemigo oculto.....	75
El rincón de los poetas.....	79
En el umbral.....	87
Ultimo anhelo.....	91

INDICE

Edit. "Pacífico"
Valdes 681
Santiago

